

lio Rodríguez Mendoza, quien nos saluda con un fuerte apretón de manos. Diriéase que en sus ojos se advierte una luz juvenil, que está muy de acuerdo con su empaque y su energía.

—¿Qué hay hombre, cómo le va a usted?

Y sin esperar que le conteste me agrega:

—Leo de vez en cuando la revista de ustedes. Qué gran obra realiza la Universidad de Concepción al mantener una revista como "Atenea". Es la única publicación chilena en que se manifiesta lo que es el arte y la literatura de este país. Es una de las muchas hazañas que ha hecho Enrique Molina en su vida. A ese hombre hay que agradecerle muchas cosas.

El día es frío y unos oscuros nublados se ciernen sobre la ciudad. Don Emilio parece no advertirlo. Comienza a contarme sus proyectos, las obras en que está empeñado. Y como si adivinara lo que estoy pensando al ver su optimismo, me dice con su gran vozarrón:

—Seguimos trabajando, pese a esos ochenta años que han sido tan cacareados por ahí. No se puede dejar nada abandonado. Hay que persistir hasta el último día. Vaya a verme. Le voy a dar algo para "Atenea".

Ochenta años, es verdad. Ochenta años que se llevan gallardamente. El autor del *Pérez Rosales*, de *Santa Colonia*, de *La América Bárbara* y de veinte libros más, aparte de sus andanzas como diplomático o simple viajero, no está dispuesto a quedarse como un inválido en un rincón solitario. Muy al contrario. Su espíritu, erguido como su maciza figura, tiene una meta que alcanzar aún. El sueño del escritor no declina en él. Una vibración interna lo sacude reciamente. Es un hombre de una pieza. Nos dan deseos de decirle:

—Hasta luego, joven Emilio.

UNA HERMOSA FIESTA

Una de estas noches se celebró en el hotel Crillón, una comida para celebrar el triunfo de tres escritores en los concursos munici-

pales de literatura. Los autores agraciados fueron María Flora Yáñez, por su novela *La Piedra*, Luis Merino Reyes, por su volumen de poesía titulado *Aspera brisa*, y Antonio Campaña por *La cima ardiendo*, en el cual reunió toda la producción poética del último tiempo.

Presidió el acto Benedicto Chuaqui, presidente del Sindicato de Escritores y ofreció la manifestación a los festejados el novelista Luis Durand. A dicho acto, además de los festejados, concurrió la señora Luz Machado y el poeta Félix Armando Núñez, quien pronunció un commovido discurso para agradecer el saludo que se le hizo con motivo de haber recibido el Premio Nacional de Venezuela.

Agradeció el homenaje Luis Merino Reyes, en una feliz improvisación. Habló también la señora Machado, para decir que ella estaba siempre atenta y llena de interés ante el desarrollo y vitalidad de la literatura chilena.